

olas, lentamente empujadas por las tempestades de otros climas. corren con la regularidad de las ondulaciones que la caída de una piedra produce en un lago. Aunque enormes, prolongándose paralelamente de un horizonte á otro, son impelidas siempre con igual regularidad por los vientos alisios, y levantan silenciosamente los navios sin deshacerse en espuma. En el fondo de los inmensos valles que las separan, los peces alados, parecidos á los pájaros en los surcos de un campo, saltan á millares, atraviesan de un salto la cresta de las olas, y van á caer al otro lado en el agua transparente.

El séptimo día, el «Narciso» llegó al archipiélago de San Bernardo, cuyas islas, bajas y pobladas de vegetación, como las Muletas, pueblan el mar al norte del golfo de Morosquillo. La goleta se abrió camino á través de ese dédalo de islas que encierran en sus estrechos peligrosos bancos de arena, y, luego de haber navegado todo un día por las costas de Nueva Granada, vino á echar el ancla en una pequeña bahía de la isla de Barú, muy cerca de Boca Chica, entrada de la rada de Cartagena. El capitán no tenía bastante habilidad para guiar su goleta por entre tanto escollo, y, obligados á esperar hasta el día siguiente para entrar en el puerto, gocé lo indecible contemplando las minas de este otro Sepastopol, tan formidable en tiempos del poderío español.

III

Cartagena de las Indias.—La Popa.

La fiesta.

A la salida del sol, el «Narciso» entraba viento en popa, en el canal de Boca Chica, apenas de algunas brazas de ancho y bastante fondo, sin embargo, para entrar los más grandes barcos de guerra. En los lados se levantan rocas agudas que proyectan sus sombras negras sobre el fondo del agua blanquecina; á medida que se avanza, la línea de arrecifes se estrecha en el canal tortuoso y multitud de rompientes aparecen por todas partes: pasando tan cerca de los escollos no puede uno por menos que estremecerse. A algunos metros de distancia, por la izquierda, al pie de un promontorio de la isla de Tierra Bomba, se levantan las murallas blancas de un fuerte, actualmente cubierto de arbustos y de hierba; á la derecha, sobre un islote de rocas amarillentas, rodeado de arrecifes, una ciudadela, minada por las olas, extiende sobre los rompientes una larga línea de baluartes desmoronados; á lo lejos, al extremo de la isla Barú, completamente poblada de mangós, se ven las minas de otro fuerte. Tal era la primera línea de fortificaciones que protegía la entrada del puerto de Cartagena. En el siglo XVIII fué forzada por el almirante Vernon, al que, por falta de de-

ensores, no pudo oponer gran resistencia. Sin embargo, el almirante se estrelló contra la segunda línea de defensa y siete mil ingleses pagaron con su vida la audaz tentativa.

Después de haber hecho algunas bordadas, entramos en la rada de Cartagena, cuyas aguas tranquilas se extienden en una superficie de 46 kilómetros cuadrados. Completamente abrigada del mar; al Sur por la isla de Barú; al Oeste por la de Tierra Bomba, arrecifes y bancos de arena; al Norte por el archipiélago sobre el cual está construida la ciudad de Cartagena; esta rada se extiende en hermoso semicírculo penetrando en el interior de la tierra.

En las colinas donde esperaba ver huellas de trabajo reciente, no pude descubrir más que bosques cortados por algunos claros, donde la tierra roja y completamente estéril, no daba vida ni a una planta, ni a una flor; dos ó tres villorrios indios, en desorden, ocupaban la orilla de las aguas; sus chozas cubiertas de hojas, y dos ó tres canoas en el puerto, eran las únicas señales de movimiento humano que se veían.

El «Narciso» dobló al fin la punta oriental de Tierra Bomba, sobre la cual están construidas las cabañas del Loro, aldea habitada solamente por pobres leprosos, y ante nuestros ojos apareció repentinamente la vieja ciudad que en otro tiempo se llamaba con orgullo la Reina de las Indias.

Magníficamente sentada sobre las islas que, por un lado, miran al mar y del otro, el conjunto de lagunas interiores que forman el puerto, y rodeada de una cinta de cocoteros, Cartagena parece dormirse, y en efecto, duerme profundamente á la sombra de la Popa, colina abrupta que la domina al Este. Dos grandes iglesias, cuyas naves y cam-

panarios se levantan por encima del resto de las construcciones, se miran frente á frente como gigantescos leones acostados, y la larga línea de muralla se extiende hasta perderse de vista alrededor del puerto, sobre las orillas del mar. De cerca, la escena cambia; las plantas trepadoras tapizan la muralla, por la que se pasean extraños funcionarios; las almenas se desmoronan, y trozos completos de muralla, caídos en el agua, forman arrecifes sobre los cuales se deshacen las olas; en las playas se pudren algunos restos de embarcación; á través de las ventanas de grandes edificios con sus tejados hundidos, se ve la soledad y la ruina en que yacen los antiguos palacios. El conjunto de la ciudad, casi completamente dormido, forma un cuadro á la vez doloroso y admirable, que me produjo una cruel emoción de tristeza á la que no pude sustraerme, recordando los encantos de su pasado esplendor.

El marino dejó caer el áncora del «Narciso» y yo bajé al bote en compañía del capitán.

Don Jorge, ni siquiera se había levantado á contemplar la ciudad. Lo colocación de un cargamento de cacao parecía interesarle bien poco; su sola ocupación era, en este momento, estar á la sombra precaria del palo mayor, continuando la siesta desde largo rato empezada; no obstante su pereza, tuvo la fuerza de decirme adiós con una ligera señal de cabeza; después se volvió del otro lado y se durmió.

Unas cuantas remadas fueron suficientes para llevarnos á unos escalones de piedra al pie de la muralla, y por una puerta oscura, practicada en ella, penetré inmediatamente en la ciudad. La primera escena de que fui testigo al poner mis pies en Cartagena, redobló la tristeza que me había

inspirado la vista de los edificios arruinados. En una plaza de casas negras con altas arcadas, dos hombres de lisos cabellos, miradas salvajes y color indeciso, se tenían cogidos por los harapos flotantes que les servían de vestido; vociferaban terriblemente y amenazaban hendirse de arriba abajo con sus descomunales machetes. A su alrededor se agrupaba una multitud sucia, agitada y borracha; mientras unos gritaban con furor ¡mátalo! ¡mátalo!, otros hacían esfuerzos para desviar los machetes y contener á los combatientes. Durante algunos minutos, vi pasar por delante de mí á ese grupo de hombres sobre los cuales brillaban las hojas de sable. Por fin, consiguieron separar á los dos luchadores, y, seguido por sus parciales, se marchó cada grupo á una taberna, en donde se consagraron uno y otro, con la botella en la mano, á todos los diablos del infierno. Las mujeres que habían salido á las ventanas para ver la riña, se retiraron á sus aposentos y la multitud de espectadores, reunida bajo las arcadas, se dispersó. Pregunté la causa del tumulto y me contestaban levantando los hombros: *¡Es la fiesta!*

Cuando un pueblo está en decadencia parece que los individuos participan del desmembramiento de las cosas. Todo envejece al mismo tiempo, hombres y edificios; los meteoros y las enfermedades trabajan de común acuerdo. Por las calles, que terminan á lo lejos contra la muralla, llenas de conventos en ruina y de altas iglesias con sus paredes oblicuas, no veía pasar más que cojos, tuertos, leprosos, enfermos de todas clases; jamás he visto tantos desgraciados á la vez. Algunas plazuelas presentaban el aspecto de un santuario milagroso en esos días en que la imbecilidad y las desgracias humanas se dan cita á su alrededor. Cuando el co-

mercio y la industria desaparecen de una ciudad, una gran parte de la población queda en la holganza y hasta sin finalidad en la vida; lucha durante algún tiempo buscando dónde y cómo ocupar sus energías, pero al fin cae en el embrutecimiento, en el vicio y la miseria. Tal es la desgracia que ha herido á Cartagena de las Indias.

Hace doscientos años, Cartagena servía de mercado al comercio de las islas Filipinas y del Perú, monopolizando enteramente el de América central y Nueva Granada. Entonces, todo gran puerto comercial debía ser puerto de guerra, porque el mar de Caribes traía un pirata en cada ola. El gobierno español le había dado el monopolio de los cambios en una extensión de 3.000 kilómetros de costa; desde entonces las cosas han cambiado: las colonias españolas se han separado de la madre patria, otros puertos libres se han abierto al comercio del mundo, sobre todas las costas del mar de Caribes y el golfo de Mejico. La paz ha venido á ser el estado normal de las naciones y ha sido permitido á los comerciantes cambiar sus productos en otra parte, fuera de las bocas de los cañones.

La prosperidad ficticia de Cartagena, que se fundaba en el monopolio, ha desaparecido con la libertad; la población, cada día más miserable, ha disminuido en dos tercios y actualmente apenas si alcanza la cifra de diez mil habitantes. A mediados de siglo, el Congreso granadino, con el loable deseo de hacer renacer el comercio en la ciudad ruinosa, exceptuó de derechos de aduana á todos los artículos importados para el comercio de Cartagena. El gobierno había restablecido el monopolio bajo nueva forma, porque, en los demás puertos de la república, los derechos se elevaban á un 25 por 100. Los defensores de esta ley, abrogada

actualmente, sostenían que era necesario conceder un privilegio á la ciudad primogénita de la libertad, á la primera población que había sacudido el yugo de España.

No es, sin embargo, imposible que la antigua Reina de las Indias se levante nuevamente de sus ruinas. Situada á la orilla de un mar sin huracanes y á igual distancia, poco más ó menos, del golfo de Darién, donde desemboca el Atrato, y del río Magdalena, Cartagena servirá más pronto ó más tarde, de intermediario comercial entre la cuenca de los dos caudalosos ríos. De Colón, y los demás puertos importantes del istmo, sólo está separada por un estrecho golfo, y puede comunicarse con estos diversos puntos con más rapidez que las demás ciudades de la república; su rada es una de las más hermosas del mundo entero, y fácilmente se podrían establecer diques flotantes y de piedra, necesarios actualmente en todos los grandes puertos de comercio. La entrada de Boca Chica es demasiado estrecha, pero Boca Grande, que separa la isla de Tierra Bomba de la punta arenosa de Cartagena, es un ancho brazo de mar que podría ahondarse sin grandes esfuerzos. Antes de 1760, época en la cual, el gobierno español estaba en guerra con el inglés, hizo obstruir con piedra y arena este estrecho, que era canal bastante profundo para los grandes navíos. Una vez navegable Boca Grande, para las embarcaciones de gran calado, Cartagena ofrecerá para el comercio uno de los mejores puertos del mundo, bajo todos los puntos de vista.

A la ventaja de poseer un puerto admirable, une Cartagena otra importantísima: la de poder canalizar un río. Un antiguo brazo del Magdalena, separándose de este río cerca del pueblo de Cala

mar, á 150 kilómetros de la costa, iba en otro tiempo al mar por una vía más corta, y desembocaba en el poblado de Pasa Caballos, en la rada misma de Cartagena. Varias compañías han intentado—constituidas expresamente para ello—ensanchar y ahondar este canal, obstruido en parte. Algunos pequeños vapores han penetrado ya por esta vía en el río Magdalena; pero, por falta de dinero y de perseverancia, han fracasado las diferentes empresas. Tarde ó temprano, sin embargo, se llevará á feliz término el intento; y entonces la arteria central de la república colombiana, estará en comunicación constante con los mejores puertos de la costa.

A recursos naturales de esta índole, es á los que deben consagrarse los buenos ciudadanos para que renazca la ciudad y pueda ostentar el título de capital, sin ironía ó sin ridícula vanidad.

Desde que Colombia se constituyó en república federal, Cartagena es la capital del Estado de Bolívar, mayor que diez departamentos franceses; pero la preponderancia política de la nueva capital no le proporcionará más que una vida ficticia, si el comercio y la industria no renacen al mismo tiempo.

La catedral es el principal edificio de Cartagena, pues, actualmente, sólo pueden verse en ella restos de un pasado esplendor. Negra y ruinoso como los antiguos castillos feudales de Europa, agrietado por todas partes y con inscripciones borrosas, sólo el púlpito, chapado de mármol y mosaico y decorado con figurines de marfil, está perfectamente conservado. Este, obra de un escultor italiano, ofrece enteramente detalles y es una de las raras joyas de arte que se encuentran en el Nuevo Mundo. Viniendo de los Estados Unidos, donde

por amor al arte, han enjalbegado los árboles hasta la altura de un hombre, no me creía con derecho á mostrarme exigente en cuestiones de arte y me sentí conmovido á la vista de esas encantadoras figuras.

Lo mismo que la catedral, los demás edificios públicos de Cartagena, iglesias, conventos, hospitales, cuyas vastas dimensiones ocupan una gran parte de la ciudad, se hallan también en completa ruina y parecen algo, vistos de lejos. Toda su majestuosa belleza consiste en la armonía de sus contornos con el horizonté, que cifie sus rocas y sus playas bajo el inmenso domo del cielo que lo cubre todo.

Desde lo alto de la muralla donde yo me dí prisa en subir, pude contemplar el mar y ver la ciudad en su aspecto más pintoresco. Esta, que es relativamente baja y tiene varios metros de ancha, forma alrededor de la población un paseo empavado de anchas losas de piedra. Este baluarte continúa siendo fuerte como en sus mejores tiempos, y el mar, que mina su base, apenas si ha podido derribar algunas piedras; pero los cañones, que sacaban sus negras bocas fuera de la muralla, han desaparecido completamente. El gobierno de Nueva Granada, demasiado débil hoy para defender seriamente sus puertos, ha tenido la feliz idea de vender la pólvora y los cañones de Cartagena á un industrial yanqui, por la suma de 120.000 piastras. ¡Qué felicidad para los pueblos si tal medida se tomara en todos los países del mundo! Cuando las naciones acaben de guerrear entre sí para formar una hermosa y fraternal alianza, la república granadina podrá vanagloriarse de haber sido la primera en licenciar su ejército y derribar sus fortalezas.

Luego de haber dado la vuelta á la ciudad, me dirigí hacia la Popa, cuya abrupta masa domina el archipiélago de Cartagena. Seguí mi camino á través de los grupos de indianos, estacionados delante de las chozas en honor de la fiesta, y, tomando como guía algunas mulas, contentas de su libertad y de sus gualdrapas coloradas, llegué en algunos minutos á lo más alto de la Popa. Las torres y las altas murallas se levantaban á mis pies, y las terrazas de la ciudadela, cubiertas de árboles, parecían jardines suspendidos; á través de la frondosidad de los cocoteros, que forman una franja alrededor de esas terrazas, se veía el agua tranquila del puerto y sus canales; más lejos, la ciudad, aprisionada dentro de sus murallas, enseñaba sus campanarios, sus fachadas y conventos ruinosos, como gigantescas banderas en un campamento de cíclopes derrotados, y se dibujaba en negro sobre el vasto semicírculo del mar, resplandeciente por los rayos del sol. Las islas y el continente, ofrecen un contraste absoluto: de un lado, los islotes despareados en medio de la rada, parecen bosquecillos flotantes separados de un paraiso terrestre, y del otro, se prolonga una cadena de colinas bronceadas, en las que no aparece por ningún lado la fogosa vegetación que da á la naturaleza tropical tan maravillosa grandeza; parece que la larga cadena de espuma que festonea la costa, haya separado en dos zonas distintas un mismo país.

Era ya de noche, cuando me hallé en la plaza mayor de Cartagena. El palacio de la Gobernación estaba brillantemente iluminado; unos cuantos músicos, subidos en un estrado, tocaban un vals con vivacidad y alegría inmensas; la plaza entera estaba transformada en una vasta sala de baile y de juego. Hombres y mujeres, estrechamente enlaza-

dos, se movían en un inmenso círculo, agitados por una danza muy generalizada en toda la América española, que consiste en mover apenas los pies moviendo la cintura. El movimiento de los pies es imperceptible; en cambio, los cuerpos, rozándose entre sí, se agitan en torsiones febriles. Viendo pasar lentamente bajo las luces oscilantes, esos cuerpos rendidos de cansancio, esas caras de multitud de colores, con los cabellos en desorden, con sus ojos iluminados por miradas centelleantes y fijas, experimentaba yo cierto malestar: me parecía aquello una danza macabra ó algo así como una algazara de diablos.

En las tabernas se veían alineadas las mesas de juego, con barajas mugrientas por el uso, y á cada instante se sentaban á su alrededor hombres, mujeres y niños que, á pesar de la zambra exterior, se preocupaban más de jugarse los cuartos.

A cada instante, los jugadores promovían tumultos horribles, y se oían distintamente, en medio del barullo general, las blasfemias, amenazas y maldiciones de éstos; sin embargo, debo consignar que no volví á ver el acero de ningún machete.

El aire era asfixiante y cargado de ardientes emanaciones. Como apenas si podía respirar, me separé de la multitud y me marché á la soledad de un dormido baluarte de la muralla. ¡Qué inmediato contraste entre los hombres y la naturaleza. Prolongados reflejos flotaban sobre las aguas y venían á romperse en la playa; las palmeras inclinaban sus graciosas curvas en las faldas de los promontorios; la luna brillaba á través de los agujeros de las torres ruinosas; las colinas dibujaban á lo lejos sus perfiles sobre el fondo del cielo y los ruidos de la playa se perdían como débiles ecos, sin turbar la tranquila solemnidad del conjunto. La lenta res-

piración del mar parecía servir de compás á la naturaleza, y daba un ritmo lúgubre á la poesía de las ruinas y la noche.